

nada conseguía, nombraron jefe al hermanastro de Agesilao, el audaz Teleutias, que ya se había distinguido en el golfo de Corinto. Teleutias, después de haber conquistado a Samos, con 27 buques, se apoderó de 10 trirremes que los atenienses enviaban al príncipe Evágoras para protegerle contra los persas. Los atenienses con esta amistad tan poco política se enajenaron el favor del gran rey.

En tales circunstancias, los atenienses, apelando á todas sus fuerzas, lograron aprestar cuarenta buques, con los cuales consiguió en un principio (390) el audaz Trasíbulo grandes victorias. Alióse con los caudillos tracios, reconquistó á Bizancio, Calcedonia y Lesbos, excepto Metimna; pero cuando en 389 trató de sacar contribuciones de las ciudades marítimas carias y panfilias, fué sorprendido y derrotado en Aspendos. De esta suerte desapareció de la escena, como había acontecido poco antes con Conon, el último héroe educado en la escuela de la guerra del Peloponeso.

Los atenienses llamaron al joven y valiente Ificrates, que se encontraba en el istmo, y consiguió derrotar y matar en Abydos al espartano Anaxibio. Cuando la situación era más crítica, es decir, cuando los espartanos y eginetas comenzaban contra los puertos y costas áticas una guerra de corsarios, mostró por primera vez sus fuerzas uno de los más inteligentes marinos de Atenas, el joven Cabrias.

El cansancio general hizo que esta guerra marítima se emprendiese con poca energía: el rápido término que á ella se puso, demostró una vez más la astuta diplomacia de los espartanos, que en 388 nombraron nauarca á Antálcidas. Las relaciones de los atenienses con los sublevados griegos de Chipre y con los egipcios, habían disgustado en extremo á la corte de Susa, que deseaba hacia mucho tiempo restablecer la paz en los territorios del mar Egeo que se extendían frente al imperio, para poderse dirigir tranquilamente contra aquellos rebeldes, reclutando para ello á los mismos mercenarios griegos. Antálcidas fué muy bien recibido en Susa, en donde Tiribazo, que había vuelto á la gracia del rey desde 389, ejerció en su favor toda su influencia. El astuto imitador de Lisandro supo conquistarse en alto grado el afecto personal del gran rey, prescindiendo de la dignidad que como griego libre estaba obligado á mantener. De este modo fué aceptado al fin en Susa el programa político de Antálcidas, firmándose en seguida la paz y alianza entre Esparta y Persia. Entonces Farnabazo, que se encontraba en Dascileion, se vió sustituido por Ariobarzanes, partidario de Antálcidas.

En la primavera de 389 regresaron á Sardes Antálcidas y Tiribazo, llevando consigo las condiciones de paz que el rey persa imponía á los griegos, y aprestaron los medios necesarios para obtener el consentimiento de los elementos hostiles. Otra vez se volvía á tratar de los atenienses, que por su parte obraban con poca energía. Antálcidas, con los 20 buques siracusanos que le envió Dionisio I, y con auxilio del oro persa, logró rápidamente aumentar el número de sus embarcaciones hasta 80, cuando los atenienses apenas poseían en el mar Egeo 32 para oponerse á ellas. Interceptado el paso del Helesponto por los espartanos, y hecho por tanto imposible el transporte de granos pónticos, comenzó á entrar el pánico en Atenas. Hostilizados los atenienses incesantemente desde Egina, sin esperanzas de recibir auxilio de los demás aliados, y cansados ya de guerras, no podían exponerse á una gran derrota por mar, ni á un terrible sitio, como en tiempo de Lisandro; por esto se entregaron á discreción. Tiribazo exigió que todos los Estados guerreros enviasen á Sardes en el verano de 387, sus embajadores que, reunidos en Congreso, oyeron de los labios del sátrapa las condiciones impuestas por la corte de Susa. Ya se comprenderá fácilmente que todas las ventajas de este nuevo tratado eran para Persia y

para Esparta. Todo el contingente asiático, es decir, toda la Grecia asiática, fué proclamado por vez primera, por el derecho internacional, propiedad de la corona persa: igual suerte cupo á la isla de Chipre; de suerte que los atenienses ya no podían aventurarse á proteger á Evágoras contra los ejércitos y las escuadras persas. Los Estados que hasta entonces habían permanecido aliados contra Esparta, perdieron casi toda su importancia. Proclamóse el nuevo sistema de la autonomía general de todas las ciudades griegas de allende los límites marítimos persas. Una de las bases del derecho internacional, que predominó hasta que los reyes de Macedonia, después de la jornada de Queronea, crearon otro distinto, era de naturaleza tal, que desde el tiempo de este Congreso celebrado en Sardes ya no pudieron los griegos aliarse en el caso de intentar un levantamiento. En cambio Atenas se encontró libre de la obligación de seguir á Esparta, obligación que le había sido impuesta en 404, y podía conservar de nuevo las reconquistadas islas de Lemnos, Imbros y Sciros, que hasta la catástrofe de 404 habían sido consideradas como atenienses. No podía sin embargo llevarse á cabo una alianza marítima, y los demás aliados, los argivos y los corintios, debieron disolver su liga, viéndose Tebas obligada á renunciar á su soberanía sobre los beocios. El gran rey, por su parte, se encargó de garantizar este tratado, confiando á los espartanos la tarea de completar la paz en Grecia y de hacer cumplir las demás estipulaciones. Los embajadores griegos recibieron el encargo de dar cuenta de lo hecho á sus respectivos gobiernos y de reunirse de nuevo en Esparta para decidir en definitiva si aceptaban ó rechazaban las condiciones.

Tal fué la paz de Antálcidas, considerada por los griegos contemporáneos, así como por la posteridad, como una de las más calamitosas épocas de la historia helénica. La razón que al emitir tal juicio les asistía se comprenderá con solo tener en cuenta que la situación de Grecia dependía de la corte de Susa. Los principales Estados griegos se veían, de grado ó por fuerza, castigados por la Persia, que vengaba en ellos las grandes hazañas de sus antepasados. En la colosal lucha entre los helenos y los Aqueménidas, cuyo premio había de ser la posesión de las ricas ciudades griegas que se extendían desde Gnido hasta Calcedonia, salieron perdiendo los griegos. La fama de los héroes de todas las batallas desde la de Micala, hasta la del golfo de Chipre, se enterraba en las mismas tumbas que de 34 años á aquella parte iban recibiendo los más preciados bienes del helenismo. Temístocles, Aristides, Xantipo, Leotíquidas y Cimon eran vanas sombras, fantásticas creaciones del pasado aqueo. Mas aun; por culpa general de todos los helenos, el gran rey, cuyos ejércitos habían sido en otro tiempo barridos como polvo por las exiguas falanges de Clearco y de Jenofonte, y por las tropas, escasas en número, de Agesilao; el monarca cuyo imperio iba á pasos agigantados hacia su completa descomposición, y cuyos generales solicitaban cada vez con más afán el auxilio de los mercenarios griegos, consiguió no solo ejercer una poderosa presión entre los griegos asiáticos, sino decir la última palabra en las cuestiones vitales del mundo heleno. Podía, pues, decirse, aun pecando de alguna exageración, que el porvenir de Grecia se decidía en los antiguos pórticos de la ciudad real de Creso, en la fortaleza babilónica de Nabucodonosor y en Susa, la ciudad de Memnon.

A decir verdad, lo mismo que aconteció reinando el segundo Artajerjes hubiera sucedido reinando el célebre Ciro. En realidad, según el estado de cosas greco-persas la dependencia de los griegos europeos de la Persia no era más que una ignominiosa teoría, ya que el porvenir de Grecia se decidió propiamente, durante muchos años, en el Eurotas, siendo

Agésilao y no Artajerjes el verdadero señor del mundo griego. El antiguo enemigo de los persas había tenido que reservarse solo la mitad de los honores de las negociaciones con Susa; pero por lo menos no había podido ocultársele el gran partido que podía sacarse del nuevo tratado para restablecer, con nuevos fundamentos, el poder de su Estado y la soberanía de los lacedemonios sobre la Grecia. El cumplimiento de la paz y la vigilancia de las estipulaciones eran preciosos medios para conseguir este objeto. El antiguo principio de *divide et impera*, la renovación de todas las enemistades en Grecia, el inextinguible particularismo y el espíritu de cantonalismo pudieron ser aprovechados por Esparta, obrando con cautela, designando como contrario al tratado todo aquello en virtud de lo cual una ciudad pudiera ejercer la hegemonía sobre las demás ciudades de su cantón, y destruyendo los poderes que podían parecerle temibles para ella. No sabemos si Antálcidas había trazado su programa en sentido tan ofensivo, ni si Agésilao se reconcilió con él ó si le rechazó: lo cierto es que el rey guerrero, que solo atendía á los intereses espartanos y que poco á poco se iba aproximando á la política del provecho propio, se apoderó de la direc-

ción de la política extranjera en Esparta. Agésilao había de ser una fatalidad para su Estado.

Los enemigos de Esparta no habían tenido mas remedio que aceptar la paz de Antálcidas: sus embajadores se reunieron en 387 en aquella ciudad para aceptar en definitiva y jurar el tratado: Agésilao, que presidía la asamblea, les mostró la manera como él comprendía el porvenir. Cuando los tebanos, á quienes profesaba un odio implacable, quisieron prestar el juramento en nombre de todos los beocios, les rechazó duramente, de suerte que tuvieron que esperar nuevas instrucciones de su gobierno. Pero fueron tales los aprestos de guerra que hizo Agésilao, que Tebas tuvo que someterse por completo. Orcomene fué reconocida como Estado independiente y Platea reconstruida. Mas importante fué para Esparta el hecho de abandonar los argivos y los caudillos con ellos comprometidos de la democracia corintia, la ciudad de Corinto, por efecto de las continuas intimaciones del rey. Los amigos de los espartanos regresaron, y el ingreso de la orgullosa metrópoli mercantil del Peloponeso en la antigua simmaquia, puso fin á la larga serie de acontecimientos de la guerra corintia.

CAPÍTULO III

APOGEO Y RÁPIDA DECADENCIA DEL PODER DE ESPARTA. LEVANTAMIENTO DE TEBAS. SEGUNDA LIGA ATENIENSE

- I. Esparta conquista á Mantinea, Olinto, Cadmea y Flio.—II. Incremento de los espartanos. Epaminondas y Pelópidas. Sublevación de Tebas contra Esparta.—III. Segunda liga marítima de los atenienses. Guerra de tebanos y atenienses contra Esparta.—IV. Timoteo de Atenas. El príncipe Jason en Tesalia.—V. Derrota de los espartanos en Leuctra.—VI. Consecuencias de la batalla de Leuctra.—VII. Levantamiento de la democracia peloponésica contra Esparta. Megalópolis y la nueva unidad del Estado arcadio.—VIII. Los tebanos en Laconia. Restablecimiento de Mesenia. Política y poder de Epaminondas.—IX. Soberanía y poder de Dionisio I en Siracusa. Dionisio I de Siracusa y los atenienses aliados con Esparta.—X. Tebas reconocida en Susa como primera potencia griega.—XI. Macedonia. El príncipe Filipo en Tebas.—XII. Muerte de Pelópidas. Planes marítimos de Epaminondas.—XIII. Guerra entre Elis y Arcadia, y sus consecuencias. Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas.—XIV. Tebas, Atenas y Esparta despues de la batalla de Mantinea. Muerte de Agésilao.—XV. Filipo rey de Macedonia.—XVI. La historia y la elocuencia en Grecia. Comedias. Artes plásticas. La medicina.—XVII. Filosofía griega. Platon.

I.—ESPARTA CONQUISTA Á MANTINEA, OLINTO, CADMEA Y FLIO

A consecuencia del cambio operado en la situación de las cosas despues de la paz de Antálcidas, los dos nuevos aliados, Persia y Esparta, quedaron dueños del campo. Los atenienses tuvieron el disgusto de ver que su aliado Evágoras, que todavía en 388 se hallaba protegido con gran éxito por Cabrias, y había conquistado casi toda la isla de Chipre, insurreccionado la Cilicia y atacado victoriosamente la Fenicia, se encontraba entonces humillado por las superiores fuerzas de los persas y limitado, por fin, en 385 á su Salamina, que pudo conservar como vasallo del rey persa. Evágoras pereció en 374 á manos de un enemigo personal, dejando su principado á su hijo Nicocles.

En Esparta dominaba de un modo incontestable la influencia de Agésilao, el cual pudo mostrarse agradecido á su amigo Jenofonte, que habiendo peleado como general bajo la bandera espartana cuando los atenienses se sublevaron en 395 contra Esparta, había sido desterrado de su patria, y seguía siendo fiel al rey. Diéronle entonces los eforos, como indemnización, una propiedad llamada Scilo, situada junto á Olimpia, en Elide, en donde pasó su vida escribiendo y cazando. En cambio debían temblar los hombres de todos los

partidos que de cualquier modo habían perjudicado los intereses de Esparta.

La nueva política de los espartanos no se contentó con atraerse, como representante de la autonomía de las pequeñas comunidades, á todos los elementos débiles de Grecia, prevaleciendo la opinión de tomar venganza en todo el Peloponeso de aquellos Estados que se habían hecho culpables por haber ido contra Esparta ó contra el partido laconio. De aquí nació una completa indiferencia hacia todo privilegio histórico y todo derecho extranjero, cual apenas Lisandro la hubiese podido introducir. La nueva política de Agésilao se basaba en el principio del *oderint dum metuant* y en la ejecución desconsiderada del propósito de extender los límites del poder espartano hasta donde llegaban sus armas. Esta política tuvo por entonces buen éxito. Con indignación de todos los helenos, la ciudad de Mantinea, que desde antiguo inspiraba pocas sospechas y que entonces se regia democráticamente, se vió desmembrada despues de un largo bloqueo (385 á 384), viéndose sus habitantes obligados á derribar sus murallas y á establecerse en varias aldeas, bajo el gobierno de funcionarios aristocráticos.

Este golpe de Estado era sin duda el peor abuso de las condiciones establecidas en la paz de Antálcidas. Prescin-

diendo del punto de vista de la política griega general, era altamente funesto que la política de los espartanos destruyese en sus gérmenes las nuevas creaciones del Norte griego, de las cuales tanto se esperaba. En la península de Calcidia aumentaba considerablemente desde 393 la influencia de la ciudad de Olinto: esta fuerte comunidad, en alianza con Potidea y con algunas tribus tracias vecinas, había aumentado poderosamente su fuerza en las costas de Macedonia (1), apoderándose de Pella; había obligado á la mayor parte de las ciudades calcidias á reconocer su hegemonía (384) y había formado una liga con Tebas y Atenas. Cuando no solo Amintas II, sino también las ciudades de Apolonia y de Acanthos, solicitaron en la primavera de 383 la intervención de Esparta, accedió esta gustosa á tales pretensiones y comenzó una larga guerra, que, despues de varias vicisitudes, como la muerte del audaz Teleutias en un combate (382) y la del joven rey Agesipolo ocasionada por unas fiebres (380), terminó en 379 con una victoria completa de los espartanos. La liga olintia fué destruida, y las distintas ciudades que la componían se vieron obligadas á aliarse con Esparta.

Antes, sin embargo, de terminar esta guerra, había obtenido la política espartana otros dos importantes triunfos. Cuando, durante el verano de 383, el polemarcha Febidas envió á Calcidia grandes refuerzos, aprovechó, de acuerdo con el caudillo oligárquico Leontiades, la ocasión para invadir la fortaleza Cadmea y asegurar la dominación oligárquica en Tebas, sometiendo á la dominación de los eforos la ciudad que mas odio sentía hacia Esparta, de entre todas las de la Grecia central. Agésilao declaró que este acto de violencia sin ejemplo merecía la aprobación del gobierno espartano. Ciertamente se ordenó á Febidas que se retirase; pero en cambio los espartanos siguieron poseyendo á Cadmea, la oligarquía se apoderó en Tebas de las riendas del gobierno y el caudillo de los demócratas tebanos, Ismenias, tuvo que comparecer, como principal causante de la última guerra beociocorintia, ante un tribunal que le condenó á muerte.

El proceder que Esparta siguió para con Flio estuvo en armonía con sus prácticas políticas: esta ciudad también se había separado de Esparta, durante la última guerra, organizándose democráticamente, expulsando á las familias que de antiguo la gobernaban, mas sin por esto entrar en la coalición enemiga. El temor de una aparición de los peltastes de Ifícrates, fué causa de que Flio aceptase de nuevo en su seno tropas espartanas. Desmembrada Mantinea, consiguieron los eforos, por medio de sus reclamaciones diplomáticas, que regresasen á Flio las familias nobles poco antes desterradas; pero la difícil compensación que se les debía por la pérdida de sus posesiones se hacía muy despacio, no recomendándose mucho la ciudad al favor de Agésilao. Cuando en 381 los disgustados aristócratas se dirigieron á Esparta, en extremo descontentos de la conducta seguida por los tribunales de su patria, proceder que fué castigado por la democracia dominante con una fuerte multa, decidióse en la capital del Peloponeso organizar una intervención armada, que dirigió Agésilao en persona desde fines del año 381. En vano se ofrecieron los flisios á cumplir todas las condiciones que les impusieron los desterrados; el anciano rey se impacientaba por poner en la ciudadela una guarnición espartana permanente, deseo que no había podido llevar á cabo ni en Mantinea ni en Tebas, por la enérgica resistencia de las poblaciones, dirigidas por el demagogo Delfion. Comenzó, pues,

(1) En Macedonia, muerto en 394 el rey Eropo II, sucedióle su hijo Pausanias, que fué destronado en 393 por Amintas II, biznieto de Alejandro I y yerno de Eropo; el reinado de Amintas II fué muy turbulento, á causa de los ataques de los pretendientes á la corona y de los caudillos ilirios.

una guerra que para Agésilao no resultó ni fácil ni gloriosa. Despues de un largo bloqueo, capituló la ciudad, que comenzaba ya á sentir los horrores del hambre, y que, despues de haber sido teatro de las mas sangrientas escenas, se vió obligada á sufrir el yugo de una guarnición espartana: se comprenderá fácilmente que la primera disposición tomada fué redactar una constitución estrictamente oligárquica.

La rendición de Flio coincidió casi con la caída de Olinto, es decir, acaeció á principios ó durante la primavera de 379. Esparta había llegado al apogeo de su poder y dominaba sin enemigo alguno y con mayor fuerza que en tiempo de Lisandro todos los países que se extendían desde el Eurotas hasta la Calcidia, á excepción de Argos, en el Peloponeso, y de la fatigada y casi impotente Atenas en la Grecia central. La democracia, al parecer, había terminado su misión. La política espartana había conseguido su objeto de un modo muy distinto que en los antiguos tiempos y anteriores al episodio del ateniense Hípias. La democracia era entonces su único enemigo. Como en Laconia la oligarquía se había aliado estrechamente con el anciano rey, el espartanismo fundaba, allende los límites laconios, su nuevo poderío, parte en la oligarquía, parte en la monarquía, con su antigua forma, es decir, á modo de tiranía. El rey de Persia, el rey de Macedonia, el caudillo de los molosos epirotas y la corte del tirano de Siracusa eran todos aliados del señor del Eurotas. El poder del Estado espartano había llegado á ser una verdadera hegemonía sobre toda la Grecia, y parecía mucho mas seguro, mucho mas arraigado que en las anteriores ocasiones. No obstante, todo ello no era mas que una ilusoria apariencia. Aun cuando elementos muy importantes del mundo griego se regocijaban por el nuevo esplendor de Esparta, la gran mayoría de los griegos, adicta á la democracia, no cayó en las redes de Agésilao. La soberanía laconia carecía, como siempre, de medios morales para ofrecer á los griegos otra cosa mas que una dominación militar; no se establecieron nuevas y necesarias relaciones interiores; no se sancionaron las convenientes instituciones; no se obtuvieron ventajas materiales y mercantiles; no apareció, desde la alianza entre Esparta y Persia y desde el sacrificio de los griegos asiáticos, ni una sola idea que hubiese podido alegrar, siquiera momentáneamente, á los griegos, víctimas del desorden de los eforos y de los harmostes y aun de su propia oligarquía. Los prudentes políticos del Eurotas no preveían cuán hondas raíces iba echando en toda la Grecia el odio que el pueblo democrático sentía hacia la supremacía de Esparta y que se avivaba á cada nueva violencia de los espartanos. No sospechaban tampoco que en el mismo año en que la orgullosa bandera de Olinto se inclinaba ante el poder de Esparta, debía comenzar el ocaso del nuevo poderío lacedemonio.

II.—INCREMENTO DE LOS ESPARTANOS. EPAMINONDAS Y PELÓPIDAS. SUBLEVACION DE TEBAS CONTRA ESPARTA

El primer ataque que se dirigió contra la soberanía de Esparta, procedió de la ciudad á la cual mas había humillado, de Tebas. El exasperado partido democrático de este Estado contaba entre el número de sus partidarios muchos hombres de valía, como no los había tenido Tebas hasta entonces ni debía volver á tenerlos jamás. Predominando, pues, los individuos oriundos de nobles familias, animados por una justa ambición, y educados en parte por los discípulos de la filosofía pitagórica que se habían establecido en Tebas durante la guerra peloponésica, solo por fuerza soportaban el doble yugo de su oligarquía y de los comandantes que Esparta había puesto en la ciudadela. Pero Tebas por sí sola nada podía hacer: los jefes del partido sojuzgado, hombres como el hijo de Polymnio, Epaminondas (nacido en 418 an-